



*Los*  
CÍRCULOS  
*de*  
DANTE

JAVIER ARRIBAS



Una serie de asesinatos que reproducen escenas de la Divina Comedia tienen en jaque a la ciudad de Florencia. ¿Podrá su autor descubrir quién está detrás de estos terribles crímenes?

# Los círculos de Dante

Javier Arribas

**Rocaeditorial**

© Javier Arribas, 2007

Primera edición: enero de 2007

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona.  
correo@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Puresa, S.A.  
Girona, 206  
08203 Sabadell (Barcelona)

ISBN 10: 84-96544-82-6  
ISBN 13: 978-84-96544-82-6  
Depósito legal: B. 59.858-2006

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mis padres: mi origen.  
A Ofelia y Patricia: mi destino.  
Y, por supuesto, a Dante Alighieri,  
a cuyo espíritu agradezco la inspiración  
para seguir adelante con mis sueños.

# I

*(...) per le parti quasi tutte a le quali questa lingua  
si stende, peregrino, quasi mendicando, sono andato,  
mostrando contra mia voglia la piaga de la fortuna,  
che suole ingiustamente al piagato molte volte  
essere imputata. Veramente io sono stato legno  
sanza vela e sanza governo, portato a diversi porti  
e foci e liti dal vento secco che vapore  
la dolorosa povertade (...)*

(...) por casi todos los lugares a los cuales se extiende  
esta lengua he andado mendigando, mostrando  
contra mi voluntad la llaga de la suerte, que muchas  
veces suele ser imputada al llagado injustamente. En  
verdad, yo he sido barco sin vela ni gobierno, llevado  
a diferentes puertos, hoces y playas por el viento  
seco que exhala la dolorosa pobreza (...)

DANTE ALIGHIERI, *Convivio* 1, 3

## Capítulo 1

Corrían los últimos días de septiembre de 1316, quince años después de la expulsión de Dante Alighieri de su patria, cuando el poeta florentino fue sorprendido y secuestrado en su exilio de Verona. La noche era fría y a ratos lluviosa, como lo eran los días y las noches en muchas zonas del continente europeo desde hacía mucho tiempo. El verano anterior, uno más en la penosa serie de «veranos podridos», habían tenido lugar lluvias tan incesantes y copiosas que todo Occidente se había convertido en un inmenso lodazal donde apenas era posible arar, sembrar o cosechar. La hambruna más atroz, que se había extendido desde el norte hasta el Mediterráneo, había diezmando la población de algunos núcleos flamencos. En otras ciudades tan importantes como París, las gentes morían de hambre sobre las calles y las plazas. Algunos astrólogos aseguraban que el cometa que había hecho su aparición en el cielo durante el año 1314 había sido señal y preludio de tan terrible maldición, por su influencia directa sobre aquellos países condenados.

Dante había salido aquella noche a vagar por las calles de su refugio veronés, como tantas otras veces, para ahuyentar fantasmas de derrotas y ciertos sueños crueles que últimamente alejaban de él cualquier deseo de hacer reposar su cuerpo en el lecho. Partiendo de su alojamiento, en el palacio del señor de Verona —morada en la cual llevaba varios años probando cuán amargo sabe el pan que se recibe de otros—, Dante solía recorrer las calles del viejo trazado romano de la ciudad, buscando siempre la silueta lejana de la mole antiquísima del teatro. Las campanas ya habían avisado a completas cuando el poeta, meditabundo, se detuvo sobre el puente de Piedra, y observó a la luz escasa de la

luna las aguas oscuras del Adige; una acción que repetía a menudo y que le traía recuerdos de otro tiempo: la imagen del Arno brillando a la luz de la luna. Recuerdos que se habían afilado, agudos como cuchillos, y le herían con especial intensidad ahora que casi había asumido no volver jamás a una patria que le esperaba con una condena a muerte. Ahora que había renegado de sus enésimas veleidades políticas, sumido en la frustración de la muerte hacía tres años de su última esperanza: el emperador Enrique VII. Absorto en tales pensamientos, casi ni fue consciente de cómo se produjo la agresión. Apenas había vislumbrado tres o cuatro siluetas embozadas, antes de notar cómo el cielo se oscurecía abruptamente sobre su cabeza, cubierto de golpe con un grueso manto negro. Notó cómo le llevaban en volandas y apenas hizo nada por defenderse, pues probablemente sus esfuerzos hubieran resultado vanos.

12 En un primer momento, tuvo la nítida impresión de que iba a ser asesinado por sus asaltantes. Con más pena que rabia valoró lo fugaz y vano de los esfuerzos humanos. Cuántos años de estériles luchas y esperanzas marchitas, cuántas millas de distancia desde la tierra que le vio nacer habían sido necesarias recorrer para acabar así: en una calle solitaria de una ciudad extraña, asesinado por unos malhechores que nada sabían del dolor que le corroía las entrañas. A sus cincuenta y un años se encontraba cansado de vagar, fatigado de luchar por un sueño que nunca había dejado de ser pesadilla. Sentía profundamente haber arrasado a sus hijos en su penoso destierro, hacerles compartir el indigno deshonor de su condena. Sentía haber dejado a su esposa en aquella tierra prohibida en que, para él, se había convertido Florencia. Resignado con esa insignificancia innata del ser humano, se dispuso a encomendar su alma al Creador. A ciegas, cubierto por un pesado capuchón que apenas le dejaba libertad para respirar, comenzó a murmurar una oración.

Sin embargo, en un destello de clarividencia, la mente analítica de Dante le indicó la debilidad de tales razonamientos. Seguía siendo trasladado por sus captores hacia un destino desconocido, pero sin violencia, con una especie de cortesía silenciosa y apresurada que contradecía sus primeros temores. El florentino intentó encajar unas piezas que no le cuadraban en su pecu-

liar rompecabezas. Si se trataba de simples delincuentes, ¿qué interés podían tener en trasladarle, en vez de optar por la vía fácil de dejarle muerto en aquel lugar solitario? Además, a este tipo de ataque tenía que verse más expuesto un desconocido o un viajero sospechoso de llevar alguna riqueza apetecible entre su equipaje. Pero no él, insigne protegido del poderoso señor de Verona, Cangrande della Scala.

Dante intentó tomar aire a fondo bajo los pliegues de su mordaza. Se insufló de nuevas energías al hilo de estos pensamientos. Con todos sus sentidos alerta, renació en su interior su natural pasión y beligerancia. Sin embargo, sus atacantes permanecían silenciosos. Asidos firmemente a sus brazos, inmovilizaban sus manos y se desplazaban tan deprisa que a él mismo le costaba seguir sus pasos y se veía, en ocasiones, con los pies en el aire.

Al cabo de un angustioso peregrinar repleto de incertidumbre, el grupo había alcanzado su objetivo. Un carro les estaba esperando y Dante fue introducido y escondido apresuradamente en él. Una sola palabra captada de soslayo, sin duda una orden dirigida al guía del carro, inundó de luz las sombras en que se debatía el poeta. Acabó por comprender, finalmente, lo que estaba sucediendo.

La palabra en sí, un urgente «¡adelante!», no aportaba nada esclarecedor. Sí lo hacía, en cambio, el matiz especial que impregnaba aquella voz. Un inconfundible y familiar acento toscano florentino.



## Capítulo 2

14 Así que, después de todo, debía de tratarse de eso. Dante asumió su destino al enlazar uno a uno todos los indicios. El carro en el que viajaba —iba apretujado entre dos de sus agresores y rodeado de sacos de forraje— avanzaba pesadamente por alguna callejuela veronesa. Arrastrado por un par de bueyes, enfilaba un destino lejano pero evidente: Florencia. Los gobernantes de su patria ingrata, aquellos a los que Dante había catalogado abiertamente en una retahíla poco amistosa como «los más necios entre los toscanos, insensatos por naturaleza y por vicio», habían osado extender sus tentáculos hasta el corazón mismo del poder de los Della Scala para arrebatarse a uno de sus más insignes patrocinados. Y todo con el afán y la pretensión de hacer rodar su cabeza en alguna plaza florentina, en un cadalso bien visible para sus convecinos, para colmar así sus ojos de agravios hacia su persona. Del mismo modo lo habían hecho con sus oídos años atrás, cuando los pregoneros vocearon por todas las calles de la ciudad injustas y falaces acusaciones de falsario y baratero, de malversador de los fondos públicos, durante su mandato entre los priores del Comune, el más alto órgano ejecutivo de poder de la república florentina.

La condena a muerte, la segunda que Dante había cosechado desde su destierro inicial, había sido promulgada un año atrás, justo después de que Alighieri hubiera rehusado un ofrecimiento de amnistía cuyas condiciones consideraba humillantes. Su tenacidad y su orgullo desmedido habían obtenido, una vez más, una dudosa recompensa. Si en el año 1302 el destino determinado por los compatriotas era el fuego, la muerte en la hoguera, ahora se le ofrecía morir decapitado, el suplicio reservado

a la nobleza. Y, además, arrastraba a sus hijos varones en su pena.

De todos modos, le asombraba la increíble audacia de los florentinos y lo desafortunado de su arriesgada acción, pues la situación política en Florencia era diferente a la de 1315, y el poeta pensaba, desde su retiro forzado, que en las preocupaciones de los florentinos había otras prioridades antes que ajusticiar a uno de sus numerosos exiliados. Ni siquiera el *podestà* que había sellado el bando de su sentencia, Ranieri de Zaccaria, se encontraba ya en su cargo.

Desde 1313, la amenaza del emperador del sacro Imperio romano, Enrique de Luxemburgo, se había hecho más agobiante para las ciudades rebeldes a su dominio, entre ellas Florencia. Los florentinos decidieron renunciar a parte de su soberanía, y concedieron la señoría de la ciudad por un periodo de cinco años al rey Roberto de Nápoles, descendiente de la casa francesa de los Anjou. Tras la inesperada muerte del Emperador en agosto de aquel mismo año, la amenaza no había cesado por completo. Ahora se personificaba en el antiguo caudillo militar de Enrique, el belicoso Ugucione della Faggiola. Éste, dominador de Pisa y Lucca, había sido capaz de infligir a sus enemigos florentinos una dolorosa derrota en Montecatini, en agosto de 1315; sin embargo, el peligro se había hecho aún mayor cuando el mismo Ugucione fue expulsado de su posición privilegiada por su joven rival Castruccio Castracani, a quien algunos loaban como un nuevo Filipo de Macedonia o Escipión el Africano.

Aquella delicada situación había fortalecido la posición de Roberto como defensor de la ciudad, pero el natural carácter sectario de los florentinos hacía imposible la paz entre los ciudadanos; así pues, los enfrentamientos internos rivalizaban en violencia con las amenazas externas. Dante sabía que, desde el verano, Roberto había enviado como vicario suyo a Florencia al conde Guido Simón de Battifolle, que era el mismo que había proporcionado al propio Dante consuelo, refugio y tranquilidad para no descuidar su obra literaria, en el año 1311, en su castillo de Poppi, dentro del Casentino. A Dante no le resultaba del todo extraño que un confeso y convencido defensor del malogrado emperador Enrique se hubiera pasado en tan poco tiempo

al servicio entusiasta de su mayor antagonista, el rey Roberto. Guido pertenecía a la estirpe de los condes Guidi, lamentablemente famosos, en cuanto a sus principios y convicciones políticas, por cambiar de parte de verano a invierno. De gibelinos a güelfos, de defensores a opositores a los derechos imperiales sobre la península italiana; era el devenir natural de un linaje maravillosamente dotado para posicionarse en el lado más conveniente a sus propios intereses, porque ser güelfo o gibelino, por aquel entonces, era algo más que una opción o que una libre postura ideológica o política. Era algo obligado, por devoción o respeto a la familia que abrazaba tal partido o, aún más importante, por adscripción a la natural tendencia de la ciudad en la que se vivía. Se eludía así el exilio, la pérdida de bienes y todas las consecuencias negativas derivadas de desafiar tal tendencia.

16 Aunque se aludía a un origen germano para ambas banderías, relacionado con el rechazo o apoyo a las pretensiones imperiales de Federico II Barbarroja, rey de Sicilia, a comienzos del siglo XIII, en la práctica esos viejos términos habían quedado vacíos de contenido. Sus límites eran ya tan frágiles que, según las circunstancias y los vientos cambiantes, no era difícil que personas o grupos enteros se intercambiaran entre ambas filas, voluntaria u obligadamente, como habían hecho los condes Guidi o como le había sucedido al propio Dante. Exiliado de su patria, había fomentado una alianza con otros desterrados y un acercamiento tal hacia los gibelinos que ya había pocos en su patria de origen que no le consideraran a él mismo perteneciente a ese bando.

El carro se detuvo por un momento, interrumpiendo a su vez las reflexiones de Dante. Aguzó su oído, intentando captar algo de lo que sucedía más allá de su capuchón. Aun sin ser capaz de descifrar el murmullo que de las voces, Dante supuso que habrían llegado a alguna de las puertas de la ciudad. Sabía que los recaudadores controlaban día y noche los accesos de Verona y que no habría puerta que no estuviera debidamente custodiada por un retén armado. Con tristeza aceptó que los soldados del señor de Verona cubrirían sus ojos con florines para no conocer la identidad de aquel encapuchado que viajaba de forma tan peculiar en el carro. Los bueyes tiraron de nuevo

dejando atrás el postigo cerrado y la indiferencia remunerada de los hombres sobornados, mientras empezaba a descargar otro aguacero. Un largo y penoso viaje, más de ciento sesenta millas de traslado sin esperanza, marcaban el retorno menos previsto de Dante a su patria.



## II

*(...) quod si per nullam talem Florentia introitur,  
nunquam Florentiam introibo. Quidni? Nonne solis  
astrorumque specula ubique conspiciam?  
Nonne dulcissimas veritates potero speculari  
ubique suo celo, ni prius inglorium ymo  
ignominiosum populo Florentineque civitati reddam?  
Quippe nec panis deficiet.*

(...) si por ninguna vía honorable se entra en  
Florenca, en Florenca no entraré nunca.  
¿Y qué? ¿Quizá donde quiera que esté no podré ver  
la luz del sol o los astros? ¿O quizá donde quiera  
que esté no podré bajo el cielo indagar la dulcísima  
verdad, sin antes restituirme abyecto  
y vil al pueblo y a la ciudad de Florenca?  
Y ciertamente no me faltará el pan.

DANTE ALIGHIERI, *Epístola XII*  
(*Al amigo florentino*)

## Capítulo 10

**D**ante cerró instintivamente los ojos cuando éstos quedaron libres y expuestos a una nueva luz. Desde la entrada furtiva en Florencia, todo se había desarrollado con inusitada rapidez. Las escaleras, subidas a ciegas y atropelladamente, le confirmaron que se encontraba dentro de algún edificio. Una cárcel quizás, un indigno alojamiento para un recién llegado a su patria. Despojando bruscamente de su capuchón, el poeta fue acomodando su vista a los contornos de lo que parecía una gran estancia iluminada en el centro por grandes velones de cera. Dante, en pie, se encontró en el interior de aquel círculo de luz. Frente a él, adquiriendo nitidez ante sus ojos, pudo distinguir la figura de un hombre sentado tras un amplio y robusto escritorio. Apenas tuvo que escarbar en su memoria para comprender que se encontraba frente al vicario de Roberto en Florencia, frente a la persona que desempeñaba las funciones de *podestà*, que encarnaba la pactada protección del rey de Nápoles sobre la ciudad.

El conde Guido Simón de Battifolle le observaba en silencio y con gesto aparentemente amistoso desde el otro lado de su pupitre. Su cuerpo grande y pesado se mostraba semioculto por la gruesa mesa. A la luz de las velas, su rostro, anguloso y de nariz larga y afilada, era el escenario perfecto para un juego de innumerables luces y sombras. Físicamente, apenas había cambiado en cinco años, desde que había ofrecido refugio y calor en su castillo de Poppi al combativo Dante, en los ilusionados años en que el emperador Enrique VII intentaba maniobrar en la península. Políticamente, sin embargo, su transformación parecía haber sido radical y profunda. Resultaba difícil de creer que algún día hubiera sido un firme partidario de aquel desdichado

emperador que había hecho temblar fugazmente a los güelfos negros de la Toscana y hasta al propio soberano napolitano. De aquellos tiempos, él conservaba recuerdos teñidos de amargura y decepción y la memoria de algunas cartas laudatorias escritas en nombre de Gherardesca, esposa de Guido, como «condesa palatina en Toscana», dirigidas a la emperatriz Margarita. Entonces, Dante desempeñaba un confuso empleo de secretario y el mismo Battifolle ni siquiera soñaba que el destino le iba a llevar a su actual papel en Florencia.

El conde rompió un silencio tenso.

—Podéis sentaros —dijo, indicando con su mano extendida un escaño situado tras las piernas de Dante.

Sin volver la vista, con los brazos vencidos a ambos lados de su cuerpo, Dante contestó sin ningún movimiento.

—Si no os importa, permaneceré de pie. Vengo de un largo viaje, en el cual he pasado la mayor parte del tiempo sentado.

Battifolle sonrió tímidamente ante el sarcasmo de su interlocutor.

44

—Y yo debo pedir os disculpas por las incomodidades de tal viaje —respondió, desviando la mirada hacia los pergaminos extendidos que invadían su mesa en pleno desorden—. No obstante, pronto comprenderéis que, dadas las circunstancias, no había mejor opción. Dudo mucho que hubierais querido venir de buen grado.

Dante también desvió su mirada hacia el escritorio. Un precioso crucifijo tallado en madera y plata, y un rosario de cuentas de marfil presidían un caos de documentos oficiales. El sello del Comune florentino era perceptible en algunos de ellos. Otros mostraban las trazas del característico lirio de la bandera de los Anjou. Dante sospechó que aquello formaba parte de una escena cuidadosamente preparada, una disposición que pretendía impresionar, dar una imagen de encuentro solemne. Había tomado parte en suficientes embajadas como para saber con cuánto placer se prodigaban las enseñas, sellos, lacres y emblemas entre cortes y repúblicas italianas. Las gentes de aquellas tierras se entregaban a la competición de símbolos de identidad casi con tanto ardor como empleaban en derramar la sangre de sus vecinos. Además, le resultaba poco creíble que a aquellas



horas, cuando no debía de faltar mucho para que alboreara, el vicario se encontrara enfrascado en la lectura o revisión de tales documentos.

—¿Y quién querría hacerlo en manos de sus verdugos? —respondió Dante de manera casi mecánica, sin levantar la vista.

El poeta daba la impresión de encontrarse lejos de allí, en ensoñaciones o lugares muy distantes.

—¿Verdugo? —saltó el conde de inmediato, volviendo a mirar de lleno a Dante—. Yo no soy ningún verdugo. Si no me habéis reconocido aún, creo que podríais hacerlo a poco que recurrierais a la memoria.

—No debéis temer por eso —replicó Dante, cruzando su mirada con la del vicario de Roberto—. La memoria y los recuerdos son prácticamente el único equipaje que arrastro en mi peregrinar. Desde que mis conciudadanos decidieron expulsarme de mi patria he frecuentado muy diversas compañías. Algunas de ellas pasaron de ser amistosas a convertirse en hostiles; pero eso no quiere decir que me haya olvidado de ninguna de ellas.

Battifolle rehusó entrar en una confrontación dialéctica y volvió a posar la atención en sus documentos. Alzó uno de ellos entre sus manos para leer lo que allí estaba escrito.

—Durante de Alighieri, más conocido como Dante, nacido en Florencia en el año de la encarnación del Señor de 1265 en el *sesto* de San Piero Maggiore. Insigne poeta, ocupante en el pasado de notables cargos políticos, entre ellos prior de la república. En la actualidad, según propia opinión, injustamente desterrado de su patria...

El conde hizo una pausa deliberada para ver el efecto que hacía su alusión a la frase con la que Dante solía encabezar sus cartas: *exul immeritus*: «desterrado sin culpa». Después, enumeró los cargos en su contra y la terrible condena que, por ellos, quedaba pendiente de ejecución.

—¿Es por esto por lo que creéis que os he hecho venir? —dijo el conde.

El vicario se lo quedó mirando fijamente. Su gesto mostraba claramente que esta vez no iba a ser él quien rompiera el silencio.

—Eso que me habéis leído —replicó Dante sin perder la serenidad— es la máxima expresión del interés que mis compatriotas han puesto en mi persona en los últimos años. Por eso nada bueno espero de los florentinos ni de los que, no siéndolo, aquí moran.

—Pero también se os ofreció una amnistía antes de la última condena —objetó Battifolle—. Y no sólo la rechazasteis de plano, sino que lo hicisteis del modo más áspero. A través de una carta que sabíais que tendría gran eco en la ciudad. No es ésa la mejor forma de reconciliarse con los adversarios, Dante.

46 Ese ofrecimiento de amnistía había sido un duro ataque al orgullo del poeta. Según el proceso habitual, los amnistiados debían realizar una *oblatio*, una ofrenda económica a san Juan, el patrón de la ciudad, en su festividad del 24 de junio. El procedimiento incluía algunas condiciones degradantes, como formar parte de una procesión que partía de la prisión y en la que los implicados debían ir descalzos, vestidos con un sambenito penitencial y una mitra de papel en la cabeza en la que figuraba escrito el crimen cometido. Se debía portar, además, un cirio encendido en una mano y un bolso con el dinero en la otra, hasta llegar al baptisterio, donde los reos eran ofrecidos en arrepentimiento ante el altar, para conseguir así el restablecimiento en sus derechos económicos y políticos. En el caso de los exiliados políticos, como Dante, el procedimiento estaba, en realidad, reducido al mínimo, sin la mayor parte de las humillaciones anteriores. Pero, incluso así, era excesivo para él. No podía consentir ceremonia alguna, por mínima que fuera, que implicara un reconocimiento de culpabilidad. Su rechazo contundente a través de una carta dirigida a un familiar había alcanzado gran repercusión en la ciudad y su contumacia le había valido una nueva condena de muerte.

—No debería entonces, ya que la conocéis, repetir lo escrito en dicha carta —contestó Dante, inflamado de nuevo en su castigado orgullo—. No obstante, me reafirmo en que Dante Alighieri nunca pagará de su escaso patrimonio a aquellos que le han ultrajado y jamás se ofrecerá como un vulgar delincuente a nuestro santo patrón. Por esa misma razón, por cierto, no debería extrañaros que me califique como «desterrado sin culpa»,

porque ni una sola de las acusaciones de mis enemigos es verdadera.

—¡Y yo estoy convencido de ello! —dijo el vicario con pasión mientras se ponía en pie. Empezó a pasear su pesada mole por la estancia con las manos en la espalda. Con cada movimiento, los múltiples recovecos del rostro de Battifolle reflejaban las luces de las velas con ambigüedad: de amistoso y franco su gesto parecía convertirse en fiero y amenazador apenas daba un paso—. Por eso os acogí sin ningún recelo en mi casa de Poppi. Por mi cabeza nunca ha pasado la menor sombra de duda sobre la honradez de Dante Alighieri. Y sin embargo, vos, todo lo que hoy veis en mí es a un verdugo.

De repente, el súbito estallido del trueno y el golpear de la lluvia en las paredes del palacio subrayaron esas palabras.

## Capítulo 11

Las palabras y movimientos de Battifolle confirmaban la solemnidad del momento. Dante volvió a guardar silencio porque sentía verdadera curiosidad por saber hasta dónde iría a parar el conde en sus devaneos.

—Sé que receláis de mi actual posición como rechazáis lo que consideráis un inaceptable cambio político —prosiguió el conde—. Sois un hombre orgulloso y tenaz en vuestras ambiciones, pero la pasión guía en exceso vuestras emociones y os lleva a adoptar a veces visiones un tanto sesgadas.

Dante asistía mudo a estos inciertos preámbulos. En estos largos años había sido objeto de innumerables acusaciones, algunas tan injustas como infundadas, pero en su fuero interno, el mismo Dante había reconocido más de una vez —especialmente en los momentos de mayor reflexión— las consecuencias negativas de algunos de sus actos y gestos desmesurados. Al menos, indicaba en el conde cierta agudeza y penetración que merecía mayor consideración que anteriores ataques de sus enemigos.

—O a olvidar que los vientos violentos que barren todas las tierras de Italia —continuó el vicario de Roberto aferrado a una sonrisa maliciosa—, lo mismo que cambian de orientación al conde Guido de Battifolle, también lo hacen con el mismísimo Dante Alighieri, desde una posición de combativo güelfo a la de representante de los más irreductibles gibelinos.

Tampoco ahora quiso el poeta reaccionar a sus palabras, encajando, sin dar muestras de impresionarse, esas alusiones directas a su propia evolución política en los exaltados años del destierro.

—Pero no es mi intención debatir sobre tal aspecto —siguió hablando Battifolle con el rostro cubierto con una máscara de seriedad—. Solamente quiero que comprendáis que mi adhesión a la causa del Emperador era tan sincera como lo podía ser la vuestra. Mi deseo ha sido siempre, tanto como lo ha sido el vuestro, la paz y la unidad de nuestra tierra; un poder fuerte capaz de frenar la anarquía y el derramamiento continuo de sangre que se extienden de norte a sur. O el éxodo masivo de miles de ciudadanos, como vos mismo, que no hace más que echar sal en esta herida que amenaza con no cerrarse jamás.

El viejo escepticismo de Dante asomó a través de una leve sonrisa, aunque ni una sola palabra que interrumpiera el monólogo de su interlocutor dejó traslucir su pensamiento. Aquéllos eran tiempos extraños. Uno podía oír a representantes de viejos linajes feudales hablar de unidad y poder centralizado, cuando habían basado su fortuna y pervivencia en la disgregación, en la inexistencia de una autoridad capaz de hacer frente a su autonomía sin límites. Tiempos en los que los más inflexibles seguidores del sacro Imperio romano germánico habían contribuido a su fracaso, restando a Enrique VII los apoyos necesarios, para dedicarlos a sus asuntos particulares.

—Y ese desafortunado alemán —continuó Battifolle refiriéndose al último emperador— parecía sinceramente capaz de realizar esos ideales. O, al menos —titubeó—, cuando contaba con el apoyo del papa Clemente y hasta el respeto y vasallaje de ciudades tan güelfas como Lucca o Siena. Y todo eso sin ser un hombre de grandes credenciales... No creo necesario recordaros las circunstancias de su elección.

La apuesta por el joven Enrique, natural del pequeño Estado de Luxemburgo, para el papel de emperador había resultado inesperada y sorprendente. El astuto papa Clemente V había maniobrado para atenuar la influencia francesa eligiendo un príncipe poco poderoso y, en teoría, con poco peligro. Además, se apresuró a ordenar a los italianos que aceptaran a su nuevo señor, prometiendo incluso que le coronaría en persona en Roma. Esto animó a Dante a cursar una de sus epístolas dirigida a «todos y cada uno de los reyes de Italia y los senadores de la santa Roma, además de a los duques, marqueses, condes y pueblos»,

en la que concluía que «el Señor del Cielo y la Tierra ha establecido para nosotros un rey». Después de nueve infructuosos años de exilio entre blancos y gibelinos, su corazón se había henchido de un nuevo entusiasmo, pero la realidad acabaría castigándolo con un nuevo desengaño. Clemente olvidaría sus promesas y los «malvadísimos florentinos» en el Gobierno no cedieron a sus pretensiones.

—Nuestro Enrique —siguió hablando Battifolle con cierta dosis medida de ironía—, al que vos no dudasteis en ungir nada menos que con los atributos de nuevo Cordero de Dios, recibió en sus manos una responsabilidad que excedía con mucho sus capacidades. ¡Pero si él lo que ansiaba era emprender una nueva Cruzada en tierra de infieles! Las estrellas le volvieron muy pronto la espalda. Ya visteis su misma coronación: una patética ceremonia, casi a escondidas; con Roma partida en dos, sin la presencia del Papa, y en San Juan de Letrán porque la iglesia de San Pedro estaba en poder de sus enemigos.

50 Ni los más acérrimos defensores de Enrique habían podido cerrar los ojos ante la dolorosa realidad. Su aventura se había convertido, desde sus inicios, en una tragicomedia absurda. Con una mezcla de vergüenza y de rabia por las chanzas de sus enemigos, Dante recordaba los elogios desmedidos que había dirigido a Enrique cuando soñaba con retornar algún día a Florencia, triunfante, entre las tropas imperiales. Había calificado temerariamente a aquel principillo luxemburgués como un nuevo «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», parafraseando lo dicho por Juan el Bautista al ver llegar al mismísimo Hijo de Dios. Y eso, tras la estrepitosa derrota, había sido utilizado como escarnio para el propio Dante. Ni los símbolos ni las ceremonias o rituales habían sido capaces de dar seriedad a su expedición. Cuando se dirigió a Roma para recibir la corona de Augusto, las tropas imperiales tuvieron serios problemas para entrar en una ciudad ocupada por sus enemigos. Apenas fueron capaces de ocupar la mitad de la Ciudad Inmortal, en un sector en el que no se encontraban ni el palacio ni la iglesia de San Pedro. Enrique, lleno de indignación y de rabia, tuvo que resignarse a ser coronado en San Juan de Letrán, a principios de agosto de 1312, y de manos del cardenal de Prato, legado del

Pontífice, que no había podido o querido salir de Aviñón. Para entonces, ya había abandonado a su suerte a un soberano con tan mala estrella.

—Vos mismo reprochasteis a Enrique su negligencia —continuó el vicario de Roberto con su monólogo, paseando ante la figura atenta de Dante—, sus errores. En una de vuestras misivas públicas criticabais su tardanza. Pronto todos nos dimos cuenta de que su aventura no podía llegar a buen puerto. Y gran parte del mérito de ese fracaso lo tuvo precisamente esta ciudad en la que ahora estamos. No busquéis responsables entre antiguos aliados, o incluso en la persona del rey Roberto, a quien ahora represento. Esta república no sólo derrota ejércitos con el hierro y el fuego. Vuestros conciudadanos han hecho de los banqueros sus mejores mercenarios. Son tan convincentes con sus créditos y florines en la tarea de comprar amistades y forzar alianzas como los más poderosos ejércitos engalanados con brillantes armaduras. —El conde se detuvo frente a la mesa inclinándose ligeramente, mientras volvía a revolver entre los documentos esparcidos—. Tanto rencor, tanto afán... Os puedo mostrar bandos que vuestros compatriotas rubricaban con la frase: «A honor de la santa Iglesia y a muerte del rey de la Magna». Y también documentos que ordenaban con saña eliminar las figuras de águila de puertas y de cualquier otro lugar donde estuvieran talladas o pintadas. Más aún, estableciendo severas penas a quienes las pintaran o no mostraran voluntad de borrarlas si ya estaban pintadas. Tras la muerte de Enrique dirigieron a las ciudades amigas cartas como ésta. —Battifolle seleccionó y alzó uno de los documentos frente al rostro de Dante—. Mensajes tan crueles como: «¡Salud y felicidad! ¡Regocijaos con nosotros!».

51

—No es extraño —dijo de golpe Dante, rompiendo su prolongado silencio para sorpresa del conde, interrumpido en su disertación—, si se tienen en cuenta los instrumentos tan divinos que fueron capaces de utilizar para su muerte.

La muerte sorprendió a Enrique en agosto de 1313, en Buonconvento, cerca de Siena, mientras se dirigía con sus fuerzas hacia el rebelde reino de Nápoles. Dante y el resto de los imperiales desahogaron su impotencia y desesperación difundien-

do las sospechas de un envenenamiento frente a los que atribuían su fallecimiento a la malaria. Durante años, la lacra de su asesinato recayó en la persona de un supuesto fraile dominico que habría utilizado una hostia emponzoñada durante la comunión.

El conde sonrió de nuevo incorporándose frente a su interlocutor y dispuesto a retomar el hilo de su discurso.

—Sean verdad o no esas historias, lo cierto es que desde Lombardía a la Toscana muchas fueron las voces que se alzaron contra la presencia de estos alemanes...

—Para caer en brazos de los franceses —interrumpió Dante—. Para rendir pleitesía a papas simoniacos que han abandonado Roma a su suerte, que han dejado caer la sede de san Pedro en la desolación, la humillación y la rapiña de las facciones, que han iniciado una vergonzosa segunda cautividad de Babilonia en Aviñón. Todo para ceder la soberanía y la dignidad de Florencia a los caprichos de los angevinos.

52 —¡Por Cristo —contestó el conde con vehemencia—, considerad la cuestión con un poco más de realismo! Por mí, bien pueden arder eternamente en las hogueras del Infierno tanto Clemente como nuestro actual Papa si de veras han sido simoniacos, usurpadores o lujuriosos; ninguna lágrima derramaré por ellos. Pero de bien poco os sirve empecinaros en el origen francés de los Anjou. Roberto es el rey de Puglia<sup>7</sup> y, hoy por hoy, el único con fuerza y verdadero interés por establecer un orden unitario en Italia.

—Esa facultad sólo les corresponde legítimamente a los sucesores del Imperio romano —replicó Dante con gesto cansado, bajando el tono de su anterior protesta.

—¡Despertad, Dante! —espetó Battifolle, que acompañó sus palabras con una sonora palmada en la mesa—. ¿No estáis aún lamentando la ineptitud de Enrique? ¿Acaso confiáis todavía en las posibilidades de un imperio agonizante? Ese imperio que tanto añoráis tiene ahora mismo dos cabezas, dos emperadores en guerra abierta y ninguna posibilidad de florecer en Italia. De hecho, el propio Papa ha declarado vacante la sede imperial. ¿Y sabéis a quién está dispuesto a designar Juan XXII como vicario imperial para Italia? Sí, a Roberto.



Después, miró al poeta con gesto soberbio y el brillo del que sabe que sus argumentos son irrefutables e invita a su interlocutor a unirse con él o a cabalgar a solas por inhóspitos territorios de soledad.

## Capítulo 12

54 **D**ante sabía de la controvertida doble elección proclamada tras la muerte de Enrique VII. Tanto Luis de Baviera como Federico de Habsburgo pretendieron sacar adelante sus pretensiones enzarzándose en una violenta guerra civil. El recién nombrado Pontífice, un francés que había sido obispo de Aviñón y que consolidaría la Santa Sede a orillas del Ródano, no perdió el tiempo para aplicar su estrategia de debilitar a cualquier emperador. Declaró la nulidad de las elecciones y la vacante del Sacro Imperio, abriendo nuevas posibilidades de dominación a los angevinos del sur peninsular. Era muy cierto que si en alguien podía residir la capacidad aglutinadora del Imperio en Italia, sólo era en los Anjou.

—Roberto, vicario imperial... —prosiguió inclemente el conde sin perder de vista a Dante—, rey de Puglia, conde de Provenza y Piamonte, duque de Anjou y de Calabria, señor y protector de Florencia..., sin olvidar sus más que apreciables posibilidades de recuperar a los aragoneses el trono de Sicilia. ¿Precisáis una nueva aventura?

Dante sentía un vértigo familiar. La política italiana siempre le había parecido como un inmenso ajedrez, un enorme y confuso tablero con sus piezas siempre dispuestas al albur de los acontecimientos. Recordaba su años de infancia, cuando acudía entre un tropel de chicos y grandes frente al palacio del Podestà a contemplar las portentosas exhibiciones del ajedrecista Buccecchia, un árabe que paseaba sus habilidades a cambio de un buen beneficio. Evocaba con admiración su capacidad para jugar «a memoria» sin tener delante el tablero y esas partidas múltiples en las que el sarraceno se enfrentaba simultáneamente a

varios rivales alcanzando casi siempre la victoria. Distintas partidas, distintas piezas y distintas estrategias bajo la mano de un mismo hombre que determinaba su desarrollo. A lo largo de su vida, Dante había tenido ocasión de sentirse como uno de esos peones impotentes sacudidos por los avatares del juego: en el ahogo del sudor, la sangre y el miedo de la guerra; en la agitación política y social de la paz. Piezas blancas y negras..., güelfos y gibelinos, güelfos blancos y negros... en primera línea, cubriendo las posiciones de un papa, un emperador, un rey...

—No ignoro que para vos —continuó hablando con dureza el conde, cuyo rostro, tallado en los claroscuros formados por las velas, se hizo pétreo— los angevinos son el centro mismo de vuestro odio. Y sé que es difícil persuadir a alguien como Dante Alighieri, un hombre de unas convicciones tan sólidas que le hacen preferir un exilio sin retorno a considerar las posibles virtudes de los que considera enemigos irreconciliables. Sin embargo, aunque sólo sea por mi honor comprometido ante vuestra opinión por la posición que ahora represento, debo recordaros que si Roberto es señor y protector de Florencia es porque acudió a una petición de ayuda por parte de esta ciudad, que temía su destrucción por los alemanes. ¿No es acaso más importante la pervivencia de la patria que sus ciudadanos?

55

Por supuesto que Dante estaba de acuerdo con esa premisa, pero no podía estar más radicalmente en desacuerdo con la utilización que de ella hacía Battifolle. No dijo nada, porque el gesto del conde dejaba poco margen a la discrepancia.

—También Roberto ha perdido mucho en estas guerras de las que vos mismo dudáis que sean verdaderamente suyas —continuó con el rostro aún más serio y duro, como una roca—. Apenas ha pasado un año del desastre de Montecatini, donde el Rey perdió a su sobrino Carlo y a su hermano Piero, del que ni siquiera le quedó el consuelo de recuperar su cuerpo para proporcionarle sagrada sepultura. Os aseguro que la muerte de su hermano menor y más querido ha marcado con un intenso dolor el alma de Roberto.

Montecatini había sido el último episodio sangriento en la turbulenta historia de los belicosos florentinos, obstinados en procurarse siempre enemigos con los que ensangrentar sus es-

tandartes. Esta vez, el gran rival había sido Ugucione della Faggiola, ex caudillo militar de Enrique VII, que se había hecho con el dominio de Pisa y Lucca. Una dolorosa derrota en la que pocas familias habían podido evitar llorar a algún pariente. Era cierto que, tanto Carlo, hijo de Felipe, príncipe de Tarento y hermano de Roberto, como su otro hermano, Piero, habían caído en combate, sin que se pudiera recuperar el cadáver de este último. Políticamente, sin embargo, la contienda no había tenido grandes consecuencias para los florentinos.

—Por otra parte —prosiguió incansable el conde—, vos, que sois hombre de letras, tenéis que reconocer la importancia que para el mundo de las artes está adquiriendo la corte de Nápoles. En muchos lugares ya se empieza a conocer a Roberto con el sobrenombre de «el Sabio». Él mismo escribe sus discursos, e incluso es autor de algunos tratados sobre materia divina.

56 Dante pintó en su rostro una sonrisa leve. Roberto había intentado hacer de su corte napolitana un foco intelectual que brillara con luz propia dentro del mundo cultural italiano. Incluso había tanteado a importantes hombres de letras, pintores y escultores, y sabía que, incluso, su buen amigo Giotto había recibido insistentes proposiciones del soberano napolitano; sin embargo, sus sueños de esplendor y sus desesperados intentos por entrar en la vida intelectual de la época a través sus propias composiciones literarias no habían tenido mucho éxito. Dante, sin ninguna piedad, había calificado a Roberto como el «rey de los sermones» y se había burlado abiertamente de sus tratados teológicos aburridos y de esas prédicas públicas insulsas desarrolladas para captar el aplauso de sus cortesanos. Además, la piedad desmedida del monarca le había mostrado como un mojigato atrapado bajo la influencia de la Iglesia en su política pública y sus enemigos se dedicaban con saña a escarnecer esos aspectos de su personalidad. A pesar de todo, ningún observador imparcial —algo que no podía ser Dante en tales circunstancias— podía negar al rey de Nápoles el esfuerzo por hacer al menos un tipo de justicia que le separaba de la arbitrariedad de tantos tiranos como gobernaban la Italia de su tiempo.

Battifolle permaneció mudo y observando fijamente a un interlocutor que parecía extraviado. Finalmente, se volvió sobre

sus pasos y se dejó caer pesadamente sobre su silla con un ademán entre resignado y desesperanzado.

—Decidme —volvió a hablar casi con desgana—, ¿es que nunca habrá nadie en esta ciudad vuestra que sea capaz de reconocer públicamente lo justificados que pueden estar los medios que se utilicen cuando se trata de alcanzar los fines deseados?

—Probablemente... —repuso Dante vagamente—. Sólo hará falta que alguien ponga por escrito lo que ya están practicando mis compatriotas desde hace mucho tiempo para beneficio propio.

El conde, sin abandonar su posición tras la mesa, giró la cabeza hacia su derecha y dirigió la vista a las profundidades de la estancia.

—¿Ves, Francesco? —dijo, y miró, para sorpresa de Dante, a esas profundidades en tinieblas—. Tal y como te dije. Nuestro admirado Dante Alighieri es un hombre sumamente inteligente y perspicaz, pero me temo que, a la vez, un tanto tozudo y dominado por un carácter pasional que le hace llegar a conclusiones precipitadas.

## Capítulo 13

58

Las últimas palabras del conde provocaron en Dante un respingo. Siguió con su mirada los ojos del vicario de Roberto. Entre las sombras que luchaban por introducirse en el círculo de luz divisó una figura. Una presencia invisible hasta ese preciso momento. La sorpresa aún fue mayor cuando sus ojos dieron forma a aquella silueta. Entonces, pudo distinguir al joven caballero que había sido su guía y su carcelero durante el penoso viaje desde Verona. Su aspecto fatigado, que denotaba que tampoco había descansado, le hizo preguntarse cuál debía de ser su propia apariencia. Inconscientemente, se pasó la mano por la cara palpando la barba cerrada y dura y trató de figurarse cómo sería su imagen. Francesco, como por fin sabía que se llamaba aquel joven decidido y misterioso que le había traído hasta Florencia, no dijo ni una palabra. Ni siquiera hizo movimiento alguno. Permaneció en la sombra en la que debía de estar instalado desde antes de la llegada de Dante, atento a la conversación. El conde tampoco volvió a interpellarle ni trató de introducirle en el coloquio, algo que Dante agradeció íntimamente porque se encontraba cansado y no se creía capaz de soportar algún tipo de interrogatorio ante dos personas a la vez. El silencio fue interrumpido nuevamente por Battifolle.

—En cualquier caso, disculpad mi franqueza si en algo os ha resultado desagradable, porque no es mi intención ser descortés. —El rostro de Battifolle se distendió en una sonrisa mucho más conciliadora—. Ni para eso ni, por supuesto, para ejercer de verdugo es para lo que os he hecho venir hasta Florencia. Y me imagino que os preguntaréis por qué he demorado tanto esta aclaración...

—«Siempre aquello que se propone decir el que habla se debe reservar para después, porque lo último que se dice queda mejor en el ánimo del oyente...» —citó Dante, de memoria, algo que había escrito en su *Convivio*.<sup>8</sup>

—Efectivamente —prosiguió el conde—. Y porque, además, resulta algo, digamos..., delicado. Pero os ruego una vez más, Dante, que toméis asiento. Sé que necesitáis descansar y no es mi intención apartaros durante mucho tiempo de ese merecido reposo; no obstante, es importante que lo que os voy a contar quede profundamente grabado en vuestro ánimo, como vos mismo decís, y me sentiría mucho más cómodo si pudiéramos hablar de igual a igual.

Dante consideró las palabras de Battifolle. Tenía curiosidad por conocer los verdaderos móviles de su interlocutor y comprendió que, probablemente, la explicación que le esperaba resultaría larga. Entonces, tanteó hacia atrás hasta que sus brazos toparon con lo que parecía una recia silla de madera. Dejó caer despacio su cuerpo dolorido, que inmediatamente le dio muestras de agradecimiento. Comprobó que estaba dotada de respaldo y recostó la espalda consiguiendo relajar la tensión acumulada. Battifolle amplió su sonrisa. Percibía cierta disposición de Dante a ser más receptivo a sus argumentos.

—Como ya os he dicho —siguió hablando Battifolle con parsimonia, calculando las palabras—, el asunto es delicado. Y creo que, antes de poner os en antecedentes, tenéis derecho a conocer las causas de este inesperado viaje a Florencia. La razón es que... —titubeó el conde— deseo solicitar vuestra ayuda.

La frase, por lo inesperado, impactó tanto a Dante como si le acabaran de emplazar para el patíbulo. Se removió en su asiento y espetó al conde, entre exasperado y burlón:

—¿Decís que me habéis arrancado de mi refugio de Verona, arrastrado por media Italia entre lodo, sangre y miseria —comenzó Dante desviando la vista con intención hacia el lugar que sabía que ocupaba Francesco—, para traerme a mí, al más humilde de los florentinos errantes, a vuestro palacio con el único fin de solicitarme ayuda? ¿Ayuda para qué y para quién? ¿Para vos? ¿Para el poderoso rey Roberto?

—Para todos... —contestó Battifolle—. Pero, sobre todo, para Florencia.

—¿Ayuda para Florencia? —respondió Dante con la misma elocuencia—. Mis atentos conciudadanos llevan años persiguiéndome a mí y a mi familia con saña. Han expoliado mis bienes entregándose a la más abyecta de las rapiñas. Son incapaces de proporcionarme un retorno medianamente honroso a la ciudad que me vio nacer y de la que ya nada espero, salvo que acoja mis restos. Y ahora, ¿me han hecho venir a escondidas a Florencia para que les preste algún tipo de ayuda?

—No es exactamente así —puntualizó el conde—. A decir verdad, muy pocas personas sabemos de vuestra presencia en la ciudad. Y nadie más debe enterarse. Por vuestra seguridad y por el éxito de la misión. Lo más probable, incluso, es que la mayor parte de los florentinos nunca lleguen siquiera a ser conscientes de vuestra ayuda.

—¿Misión? —requirió Dante, para arrellanarse después en su asiento mutando a una desesperanzada resignación—. Os burláis de mí...

60

—No se trata de ninguna burla —intervino el vicario—. Si me dejáis que os lo explique, pronto lo comprenderéis.

Dante, aplastado en su silla, parecía irremediablemente vencido. Con sorna replicó:

—El tiempo es vuestro. Podéis disponer de él a vuestro antojo. Por mi parte, no parece que tenga sitio mejor al que ir.

El conde volvió a mostrar su mejor sonrisa tratando de no desanudar esa atmósfera de cordialidad y complicidad que trataba de entretejer con su oponente. Con la misma meditada cautela prosiguió con su explicación.

—Bien... Ya conocéis cómo, hace tres años, cuando Florencia llegó a sentir verdadero temor de las posibilidades del Emperador, las partes más influyentes de esta ciudad solicitaron la protección del rey Roberto. Le concedieron la señoría de la ciudad durante cinco años. La situación supone cierto vasallaje de la ciudad a Puglia. Pero no hay que olvidar que para el propio Roberto implica cumplir una serie de obligaciones y compromisos que muchas veces resultan difíciles de ejecutar, sobre todo si tenemos en cuenta el natural carácter sectario de los florentinos.



En vuestras propias carnes habéis comprobado cómo las disputas internas de vuestros compatriotas tienen poco que envidiar en su violencia a las acciones de los enemigos de fuera.

Dante salpicó con una mueca de irónica conformidad el monólogo del vicario.

—Roberto aceptó la solicitud en mayo del año de nuestro Señor de 1313 —continuó Battifolle—. Ya había hecho lo mismo con otras ciudades de la Toscana, como Lucca, Prato o Pistoia. Y podéis creer que la mayoría opina que esta señoría fue la salvación de Florencia en un momento de feroces divisiones internas, porque, seguramente, los ciudadanos se hubieran destrozado entre sí y habrían vuelto a las andadas expulsando media ciudad a la otra media. Entonces, como muestra del nuevo poder del Rey, se determinó que le representaría un vicario que se cambiaría cada seis meses. Pues bien, ya el primer vicario, que llegó a Florencia en junio, *messer* Iacomo de Cantelmo, se llevó la desagradable sorpresa de ver cómo muchos le cuestionaban, cuando no rechazaban abiertamente, y estaban dispuestos a hacerle la vida imposible. El primer vicario. ¡Apenas un mes después de pedir ayuda para mantener la unidad de la ciudad, las disputas internas se volvían contra su mismo protector!

Battifolle miró fijamente a Dante, con los ojos muy abiertos, dibujando un gesto de incredulidad. Éste no respondió nada a pesar de cierta irritación interna que comenzaba a sentir ante los accesos de teatralidad del conde.

—Es verdad que ha habido momentos más dulces en las relaciones —siguió hablando el vicario—. Cuando vuestro antiguo aliado Ugucione della Faggiola consiguió conquistar Lucca, los florentinos olvidaron temporalmente sus rencillas y reclamaron a Roberto un capitán de guerra para dirigir sus ejércitos. Entonces, llegó a Florencia *messer* Piero, acompañado de trescientos caballeros, y recibió un gran apoyo, casi completo. Muchos piensan que el hermano menor de Roberto se hizo enseguida merecedor de ello y dicen que si hubiera tenido más vida por delante los florentinos incluso le hubieran nombrado señor vitalicio. Claro que, en Florencia, ni las vidas ni los cargos son lo suficientemente largos como para que vitalicio signifique mucho tiempo.

La sonrisa abierta del conde se convirtió en una carcajada leve que resonó en los rincones oscuros de la estancia. Dante evitó acompañar el gesto de Battifolle con alguna conformidad explícita, aun coincidiendo en su fuero interno con palabras que caracterizaban tan bien la política florentina. Por contra, el poeta se revolvió impaciente en su escaño. Todos esos datos no le eran desconocidos, ya que, aunque a distancia prudencial, Dante no había dejado de interesarse por los acontecimientos de su tierra natal. Lo que no era capaz de atisbar era en qué medida su ayuda podía ser útil al vicario del rey Roberto.

—No hubo demasiado tiempo para comprobarlo —dijo Battifolle prosiguiendo su soliloquio—, pues Piero murió en Montecatini. ¡Que sus restos descansen en paz donde quiera que estén! —El conde emitió un suspiro hondo antes de seguir hablando—. Por lo demás, a pesar de ser ésa una fecha maldita para Florencia, no fue tan decisiva la derrota como vuestros aliados hubieran deseado...

Dante interrumpió súbitamente.

62

—Me sorprende que conociendo tantas cosas de mí no sepáis de mi disposición, hecha pública hace ya bastante tiempo, a formar partido por mí mismo. Y no comprendo, pues, vuestra insistencia en atribuirme alianzas que no son tales.

—Disculpad entonces mi error —dijo Battifolle, volviendo a recurrir a su mejor sonrisa—. Conociendo vuestra trayectoria se me hace muy difícil pensar en un Dante Alighieri alejado de la arena política. —El conde guardó silencio por un instante y bajó los ojos hacia la mesa que se extendía frente a él. Parecía querer encontrar sobre su superficie desordenada el hilo del argumento que estaba desarrollando. Alzó la mirada hacia Dante para seguir hablando—. Decía que los florentinos no se dejaron acobardar por este contratiempo y volvieron los ojos hacia su señor y protector, el rey Roberto. Éste, aún impactado por la pérdida de su querido hermano, les envió sin demora al conde Novello, con la idea de que permaneciera aquí durante al menos un año. Pero no se repitió el recibimiento de Piero ni mucho menos. Es evidente que el conde no era igual que el hermano del Rey y quizá su comportamiento no era tampoco el que deseaban muchos florentinos. O quizá sea connatural a los florentinos que

les irrite cualquier tipo de gobierno y siempre encuentren oportunidad de dividirse y luchar entre sí. No lo sé. Seguramente vos estáis más capacitado que yo para responder a eso.

»El caso es que, de una manera cada vez más visible, la ciudad se fue dividiendo en amigos y enemigos del Rey. No habría sido nada excepcionalmente grave si solamente se hubiera tratado de una cuestión de opinión contraria o incluso de un malestar que provocara pequeños disturbios. Pero lo verdaderamente grave es que, frente a quienes deseaban cumplir lo pactado con el rey Roberto, se alzaron importantes sectores dentro de los mismos güelfos cuya intención era revocar la señoría concedida y alzarse con un poder absoluto en la ciudad. Con cartas secretas, embajadores y todo tipo de artimañas trataron de hacer llegar desde Alemania, o incluso desde Francia, jefes militares y tropas para expulsar al conde Novello y todo lo que representara algún vestigio de la señoría del Rey en Florencia. Quiso Dios que no lo consiguieran, pero eso no quiere decir que los ánimos llegaran a calmarse y el cisma interno cada vez llegó a ser más profundo. Lo peor estaba por llegar. La oposición a la señoría del Rey cuenta con influyentes líderes. Simone della Tosa es la cabeza visible de un importante grupo de «grandes». Y, de su parte, los Magalotti arrastran importantes elementos populares. Con una indiscutible habilidad este partido ha conseguido hacerse con las riendas del gobierno de Florencia. Los seis priores, el *gonfalonero* de Justicia, los *gonfaloneros* de las Artes... Todos son de aquel partido. Todos ellos actúan por y para sus intereses.

Battifolle volvió a refugiarse en el silencio escrutando con atención el rostro de Dante. Éste, a su vez, observaba con no menos interés el juego de sombras que se desarrollaba en la faz del conde. Los esfuerzos de Battifolle por captar al máximo el interés del afamado poeta florentino estaban surtiendo efecto. Dante empezaba a sentirse atrapado en la telaraña de expectación que con tanto afán tejía el vicario de Roberto. Sentía una creciente curiosidad por conocer el desenlace de aquella interminable argumentación.